

Diez años sin el duende de Antonio Gades

Cuando se cumplen 40 años de su 'Bodas de sangre', se estrena en España 'Fuego', un espectáculo que reclama para el bailarín y coreógrafo el lugar que siempre le negó su país.

El Mundo, Rubén Amón. Madrid (18/07/2014)

Antonio Gades no tenía miedo a la muerte, pero le aterraba la desaparición de su legado. Había ocurrido con Antonio el bailarín. Y hubiera sucedido con él en caso de haberse responsabilizado las instituciones, más aún cuando la crisis ha postergado la custodia de la cultura. Gades está a salvo por el celo de sus sucesores y herederos. Lo demuestra el estreno en el teatro de La Zarzuela de '**Fuego**', un espectáculo inédito en España que el coreógrafo levantino concibió en el teatro **Châtelet** de París en 1989 y que redunda en la devoción francesa hacia su trabajo. Trabajo en sentido literal, como decía el propio Gades, para desquitarse de la inspiración, el duende y el arte. No le gustaban las abstracciones. Y sí le gusta a los franceses el patrimonio material e inmaterial de Gades, hasta el extremo de que el 49% de sus espectáculos se exponen al norte de los Pirineos, como siempre, pues España fue la inspiración de Gades, pero el público español nunca fue el destinatario de su obra. Ni **hace diez años, cuando murió el maestro**; ni ahora, cuando su compañía recalca en Madrid efímeramente después de haber pasado por América y China, demostrando su vigencia cosmopolita y conjurando el peligro de la desaparición de su legado.

Los teatros de ultramar siguen reclamando el hito de '**Bodas de sangre**' como exigen la puesta en escena de '**Fuenteovejuna**', así es que el año 2014 aloja un poderoso valor conmemorativo: su extrapolación lorquiana se estrenó en Roma hace 40 años, mientras que su versión de la obra de Lope de Vega fue parida en Génova hace 20 años con los síntomas de un hito.

Gades el francés era Gades el italiano. No se explica su idiosincrasia creativa sin la protección de Giancarlo Menotti en el festival de Spoleto y sin la iniciación en la **Scala** de Milán. Allí se disciplinó como bailarín clásico y colisionó con **Rudolf Nureyev** a medida de un choque de trenes, aunque Gades tiene escrito y demostrado que su principal competencia era él mismo: "No quiero ser mejor que los demás, quiero ser mejor que yo".

Puede leerse la sentencia en uno de los paneles que empapelan la **fundación Antonio Gades**. Que está en Getafe. En el teatro Lorca, ocupando los espacios en ladrillo de una antigua fábrica de harinas. Las coordenadas adquieren casi un valor reivindicativo en honor de un artista comprometido, político, militante. Getafe es un arrabal obrero. Lorca es una obsesión personal. Y la fabrica de harinas entronca con la concepción trabajadora que Gades se inculcaba a sí mismo e inculcaba a sus colegas "proletarios", algunos de los cuales, sangre de su sangre, han asumido la responsabilidad de proteger el patrimonio de la danza española.

'Fuego' representa un caso inequívoco, precisamente porque figuran entre sus protagonistas bailarines, bailaores, cantaores y tocaores que lo estrenaron en Châtelet hace 25 años. Empezando por La Bronce, El Pantoja, Gabriel Cortés, Jairo Rodríguez, Miguel Ángel Rojas y, muy especialmente, Stella Arauzo, a quien Gades entregó el papel principal. En reciprocidad y compromiso, ella asume ahora la coreografía del espectáculo preservándolo como estaba. Un paso a dos entre Gades y Carlos Saura al que Gerardo Vera puso un decorado de penumbra y presagios con el latido de Falla y la resonancia telúrica de 'El amor brujo'.

Se demuestra que Gades era un pionero en la interdisciplinariedad artística, incluso un estructuralista, en la acepción de LeviStrauss. Su intuición y su ingenio le permitían extrapolar 'Bodas de sangre' sin utilizar una sola palabra de Lorca, pero trasladando todo el poder narrativo. E insistiendo en que el mérito del bailarín no está en los pasos, sino en lo que ocurre -y no se ve, pero se percibe- entre cada uno de ellos. Se ocupa de recordárnoslo **Eugenia Eiriz** mientras recorremos la fábrica de harinas de Getafe. Es ella la directora de la Fundación Antonio Gades, como fue también la última esposa del artista, o del dramaturgo, pues su reputación internacional proviene no tanto de la coreografía misma como de la concepción teatral de sus espectáculos. O de sus acontecimientos.

"Lo daba todo. Se vaciaba. Y cuando los estrenaba y los exponía, necesitaba luego alejarse de ellos para comenzar otra vez. Me asombraba su inquietud, su curiosidad, su predisposición a aprender y a escuchar. Mantuvo hasta el último momento una fabulosa capacidad de fascinación. Sus ojos, su última mirada, eran la de un niño, no la de un hombre que iba a morir. No tenía miedo. Le preocupaba que sufriéramos los demás por él. **Le angustiaba que pudiera perderse su trabajo una vez muerto**". No existen peligros al respecto. La compañía, compuesta por 31 personas, realiza un promedio de 90 espectáculos anuales. Proliferan las giras internacionales. Y los derechos de autor aportan suficientes recursos, aunque llama la atención el desinterés de las instituciones.

No es el caso del Ayuntamiento de Getafe, que proporciona la residencia en el contexto de un acuerdo arbitrado por la Comunidad de Madrid, pero sí de la política del Estado, cuyos recortes en el ámbito cultural han perjudicado especialmente a la danza. Y la danza española en particular. "Somos una compañía privada y nos valemos por nosotros mismos", explica Eugenia Eiriz. **"El problema es que la desatención institucional a la danza española perjudica las salidas profesionales de los bailarines**. Los clásicos que salen del conservatorio pueden buscarse la vida en otros países de tradición, pero los que se han especializado en danza española no tienen un lugar donde ir y, por tanto, se abocan a la frustración".

Se explica así la importancia que reviste la subsistencia -en sentido literal- de la compañía de Antonio Gades. No sólo por su proyección profesional. También por la escuela de danza para niños y por las ambiciones de su proyecto pedagógico, que consiste en concienciar a los profesores de los colegios sobre la importancia de la danza española, y que además desarrolla una serie de espectáculos divulgativos con los que

iniciarse. "Hay un malentendido sobre la danza española. Y sobre lo español en general. Se diría que nos avergonzamos de nuestras referencias culturales, cuando esas referencias culturales son las que siguen asombrando fuera de España. **Nuestra danza sí es la Marca España**, ahora que tanto se habla de ella. Y Antonio Gades fue un embajador incansable de nuestra cultura. En su opinión, no había otro camino para evolucionar que la tradición".

La paradoja empapa y acapara los espacios de la fundación. Impresiona el traje negro catafalco con que Gades fue **Bernarda Alba**, como llama la atención una fotografía de Gades de torero. Osó a ponérselo para hacer el paseíllo de sobresaliente en una novillada celebrada en Aranjuez (1956). Porque quiso ser torero, aunque la idea se la quitó de la cabeza el miedo de aquella tarde y la perseverancia de doña Pilar López. Su maestra. La mujer que lo rescató de un cabaret donde el jovencísimo Gades se ganaba la vida, como antes había hecho de linotipista en 'ABC' y de botones en un hotel.

Las imágenes del archivo identifican aquellos años, igual que documentan la polémica de su **'Don Juan'** en la Zarzuela (1965) y éxito cinematográfico de **'Carmen'** a la vera de Carlos Saura. Eran los tiempos en que Gades renunció a la dirección del **Ballet Nacional de España** (1981) porque le encorsetaba la dependencia ministerial, con más razón cuando perseveraba en la carga política de sus posiciones. **Comunista hasta la muerte y castrista hasta la muerte también**. Nos enseña Eugenia Eiriz las últimas pruebas. Una bandera de Cuba replegada, la condecoración al mérito José Martí que le impuso Fidel, las imágenes de la paella que él mismo había cocinado al comandante.

Fue su último viaje. Una travesía heroica a bordo de un precario velero porque Gades ya estaba muy enfermo. Regresaba al mar. Y moría en él, evocando la experiencia que le supuso descubrirlo a los tres años. Tanto le atrajo, tanto, cuando lo llevó su madre, que se metió en el agua vestido. Porque era invierno.

Y era verano cuando murió el 20 de julio de 2004. **Sus restos yacen en La Habana**. Y el Partido Comunista español le preparó un epitafio, bebió desde niño de las fuentes de la tradición obrera, del sufrimiento del trabajo, de la necesidad, pero quizá sea más oportuno recordar un poema que le firmó **Jaime Gil de Biedma** y que Antonio Gades tenía colgado en el salón de su casa como si fuera el espejo: "las rosas de papel no son verdad y quemar lo mismo que una frente pensativa o el tacto de una lámina de hielo, las rosas de papel son, es verdad, demasiado encendidas para el pecho".

